

“MUJERES EN GUERRA”

Prof. Alejandro N. BERTOCCHI MORÁN



El Sr. Alejandro N. Bertocchi Morán ha publicado los siguientes libros en el tema historia naval: ALFÉREZ CÁMPORA, velas uruguayas alrededor del mundo, (1987); OYARVIDE, piloto de la Real Armada (1988); BANCO INGLÉS, memorias de naufragios (1989); TACOMA (1990); CAPITÁN MIRANDA (1993) como coautor; y EL GRAF SPEE EN LA TRAMPA DE MONTEVIDEO (1998).

Ha publicado diversos artículos sobre el tema en revistas y periódicos especializados: Revista de Historia Naval del Museo Naval de Madrid, España; Revista del Mar del Instituto Nacional Browniano, Argentina; Revista Marítima Brasileira; Revista de Marina de Chile; Revista Disenso, Argentina; Boletín Histórico del Ejército; El Soldado; El Diario Español; Revista de la Liga Marítima Uruguaya; Barlovento; Geosur; Derroteros de la Mar del Sur (Perú); Boletín del Centro Naval (Argentina) y nuestra Revista Naval.

Es miembro de las siguientes Instituciones: de Número Fundador de la Academia Uruguaya de Historia Marítima y Fluvial; Fundador de la Academia Uruguaya de Geopolítica y Estrategia (Urge); del Instituto Nacional Browniano de la República Argentina y de la Liga Marítima Uruguaya.

Participó como invitado en el XII Viaje de Instrucción del ROU CAPITÁN MIRANDA; en sucesivos Simposios organizados por la Asociación de Historia Marítima y Naval Iberoamericana y posee licencia de investigador librada por el Museo Naval de Madrid.

Es miembro de la Comisión Editorial de la Revista Naval.

Introducción

“La guerra existe desde que el Hombre es Hombre”. Esta frase anónima tan común, subsiste desde lo profundo de los tiempos pues la guerra es algo consustanciado con los humanos y ella se da desde que se tiene conocimiento del pasado. Y existiendo profundas antinomias entre bien y mal, justicia e injusticia, virtud y pecado, entre otros elementos no menos destacados, se hace patente que la lucha es inevitable, siendo entonces, la violencia, la fuerza, razón significativa para entablar conflictos, ya que obviamente, quizás la primera herramienta

que la inteligencia del género humano logró inventar fue el arma, para sobrevivir en medio de un mundo agresivo.

Pero, ¿que hay de la mujer en este crudo espacio de nuestra existencia sobre la Tierra? ¿La guerra, la ha visto empuñando un arma? La respuesta la da la historia, pero de una manera puntual, singular, pues los ejemplos son contados con los dedos de las manos teniendo en cuenta la abrumadora masa que posee la participación masculina en esto de matarse unos a otros.

En este menester, la crónica documental se transforma en un simple aporte y debe quedar de lado ante lo que supone

conformar el debate intelectual más interesante de los últimos tiempos, como es poner en juego una discusión que podrá transformarse en bizantina, puesto que tiene una fuerza mediática poderosa en esta hora de posmodernidad manifiesta, pero que posee en sí mismo una serie de factores que, ora, parecen alejarse de consideraciones meramente científicas, o bien penetrar en el escabroso terreno de lo social, de la cultura. Y sin duda, aquí existe literatura para rato.

Entonces, en tan especial tema se debe buscar auxilio en las ciencias conexas al comportamiento social; al cuerpo de doctrinas que constituyen las ramas del saber humano. Pero al incursionar en esto en búsqueda de obtener una explicación que nos asome a una verdad, no bastaría apelar a la filosofía, que en suma es aquello que trata de las causas y efectos de las cosas humanas, sino a la antropología social que sí trata del hombre y de su desarrollo biótico desde las eras ancestrales, que por supuesto no poseen registro escrito, pero que han sido profusamente estudiadas por una legión de notables. En este caso si se recurre a las mayores plumas en esta materia, se pone en el tapete que la evolución de las relaciones entre varón y hembra es un fenómeno sui generis que ha sufrido varias etapas a nivel del tiempo; aunque se debe hacer notar que existen importantes puntos de desacuerdo entre estos mismos eruditos.

Yendo a sus páginas y en líneas generales, los especialistas dividen en tres espacios el proceso histórico que denominan "*formato de dominación del hombre sobre la mujer*", y lo marcan desde el origen de la especie. *Primero*: el "*período de la vieja economía doméstica*" mostraba a la mujer ligada enteramente a la re-

producción y crianza, situación que planteaba la intrínseca debilidad femenina en dichos trances, absorbida por deberes fundamentales de vida, mientras el hombre talaba, cazaba, construía, defendía, mataba, y protegía con sus mismas manos a su progenie. Es muy conocida y célebre la figura del varón arrastrando por los pedregosos suelos a su hembra, tomándola de los pelos, mientras con su otra mano blande un pesado garrote de madera. La mujer, pese a ser un objeto de arte de la naturaleza, era una suerte de objeto perteneciente al hombre.

Segundo: esta sociedad, la primitiva, solo evolucionó en cuanto se pasó de este rudimentario formato al modelo agrícola - sedentario donde, la pareja, su prole y la tribu, al dejar la caverna y surgir la choza-ayer y hoy, la casa, el refugio estructural básico para sobrevivir-, se produjeron los cambios que van a conducir al segundo espacio denominado "*período familiar-patriarcal*", donde la mujer pasa a ser "*sirvienta del hombre*", recluida entre cuatro paredes, volcada en cuerpo y alma a su "*rol natural*" y específico de madre. Los ejemplos lo hallamos en Grecia y Roma, donde prima la figura del "*pater familias*" que marca una dependencia específica de las féminas en todos los aspectos sociales, pese a las mismas difusas afirmaciones elaboradas por Platón o Aristóteles, que parecían ubicar a la mujer en un mayor entorno de respeto, pero que en la realidad del día a día, para nada existía. La figura del padre, en esta "*época clásica*", asumía condición divina, jerarquía a la que mujer e hijos debían sumiso acatamiento.

Tercero: Muy luego, se pasa al denominado "*período burgués*", donde la jurisprudencia irrumpe con las sucesivas declaraciones de los derechos del hombre, que se dan a un lado y otro del At-

lántico, basándose en Locke, Rousseau, Payne y otros, nada más que una apertura que, al menos en los aspectos concretos, resultaría parcial en los asuntos cotidianos hacia una mejor definición de roles para la figura de la mujer. El modelo de vida basado en la agricultura y sus derivados análogos, pasaba rápidamente al imperio de las industrias con sus consecuencias ya que las imposiciones tecnológicas requerían un alineamiento social que, al menos parcialmente, fuera más equitativo. Pero en los hechos todo parecía quedar en los voluminosos escritos de los pensadores.

En esos albores de una novel sociedad, la mujer seguía en una clara posición de dependencia del marido, cosa que, en la opinión de algunos connotados analistas muy atados a la definición dialéctica de un Friedrich Engels, por ejemplo, suponían parte del proceso vinculante a la “*explotación del hombre por el hombre*”. Y según esa línea de interpretación- malamente homogénea pues para ellos la historia es una sucesión de hechos progresivos materialistas- es, durante la explosión del capitalismo a escala global, donde la figura femenina se vio inmersa como parte de ese “*sistema*”, que afirmaba la continuidad de su relegamiento como figura secundaria en lo social, aunque ahora ya formando parte de la “*cadena de producción*” que cada día solicitaba más manos de obra.

Empero, a nuestro juicio, a esta altura de la historia contemporánea y con los sucesos que en los terrenos políticos globales se han vivido en las últimas décadas, las ideas de Engels y sus seguidores, solo forman parte del pensamiento filosófico de aquellos finales del siglo XIX, que tuvieron su conocida égida en buena parte de la pasada centuria y que

en suma, en, al menos su concreción por fuera del papel, ha fracasado en la práctica con rotundidad manifiesta. Lo dice la historia reciente. Por ello, claramente sus teorías deben ser discutidas, solo sumergidas en los campos intelectuales desde donde emergieron: en el voluble terreno de las utopías.

Por ello ese tercer espacio, ya comentado, poseyó dentro de sí mismo los movimientos sociales y políticos como para que la mujer irrumpiera fuertemente en los reductos masculinos y fue bajo el palio de esa “*sociedad burguesa*”, republicana, liberal y hasta ultraconservadora y monárquica, donde surgiría el embate final en busca de la “*equidad de género*”, que hoy está alcanzando innumerables terrenos dentro de las actividades humanas.

La mujer en la historia y en las guerras

Para Barcia, en su “*Gran diccionario de sinónimos Castellanos*”, la discusión y el debate son situaciones disímiles. En la primera surge el sereno examen de uno o varios puntos; en la segunda irrumpe la pasión donde puede primar el desvalor. En este menester los tres espacios que comentamos en la introducción llevan, en sí mismo, una polémica que debe ser puesta en estado de ser discutida al considerar la aparición de diversas personalidades femeninas que han hecho historia; en su momento, sobreponiéndose en una escala muy superior a los hombres que las rodearon. Y más aún: entendemos que sus acciones tuvieron una enorme influencia sobre centenares de miles de vidas, marcando situaciones que involucraron el destino de una época, de una dinastía, de un reino, de un imperio, incluso consolidando la unidad cardinal de una nación.

Homero lo rubrica con la figura de Helena, esposa del rey de Esparta secuestrada por Paris, causa de la guerra de Troya, sin duda, el conflicto más decimonónico jamás escrito, lectura clásica si la hay entre sus pares.

Cleopatra, reina de Egipto, amante de Julio César y Marco Antonio, detonante de una de las guerras civiles más encarnizadas de la historia romana que tuvo en la batalla naval de Actium su cenit y cuyo desenlace fraguó una dinastía que perduró por décadas.

Juana de Arco, la doncella de Orleans, que a sus 19 años se encontró al frente de miles de hombres conducidos bajo su mando a librar, en pocos meses, una serie de memorables sitios y batallas que liberaron del yugo inglés a vastas regiones -Orleans, Tournay, Troyes, Reims, etc.-, logrando coronar a Carlos VII, casi culminando la Guerra de los Cien Años y así dando el toque final a la absoluta unidad de Francia.

Isabel la Católica, reina de Castilla, casada con Fernando rey de Aragón, dio el toque final a la unidad hispana al expulsar a los últimos moros y consumó con sus joyas la hazaña náutica de Colón, que abrió el conocimiento del mundo a los ojos europeos; con ella nace el imperio español, la primera talasocracia atlántica y la proyección occidental hacia este hemisferio.

Isabel Tudor, reina de Inglaterra, bajo su recia, cuanto prudente dirección, surge su reino en el conjunto europeo en un sentido tal, que con ello dio el punto de partida a la posterior apabullante aparición del Imperio Británico.

Catalina "*La Grande*", emperatriz de Rusia, con sus guerras rompió el encierro que la geografía imponía a su país, abriendo vastas regiones de Eurasia a su dominio.

Victoria I, reina de Gran Bretaña e Irlanda, durante 65 años fue emperatriz de casi una séptima parte del mundo, inaugurando una de las épocas de paz más fructíferas en la historia contemporánea.

En fin, es esta una lista que solo muestra una mínima parte de una vasta crónica donde la aparición de la mujer en los más altos puestos da nota de que los problemas de género no fueron óbice para consumir vivencias, en muchos casos, como observamos, sencillamente espectaculares. Queda claro que las lides políticas con inclusión femenina, como se ve, tuvieron su "*continuación por otros medios*", pues en la guerra surgió la mujer, como en el extraordinario caso de Juana de Arco, dejando una impronta similar a la de muchos grandes hombres de la historia. Por ello, sorprende la fuerza de voluntad de aquellas mujeres, sumergidas en un mundo donde sus iguales poco contaban en el reparto de vida diario.

Y esta sucinta cronología quedaría inconclusa sin la mención de algunas féminas que también tuvieron su cuarto de hora, en especial en los últimos 150 años donde se desarrolló una vindicación pública de los derechos de la mujer, cuyos avances fueron lentos, intermitentes, pero imparables en todo sentido. Así lo observó el final del siglo XIX y las décadas subsiguientes del XX, cuando aparecieron en la palestra los movimientos feministas que fueron conformando un proceso que llevó a reconocimientos sociales y políticos que fueron consagrados por los hombres.

Entre 1850 y fines de ese siglo en el Reino Unido el avance feminista dio sus frutos en los mejoramientos de las condiciones de trabajo y las oportunidades de empleo, en la educación de las niñas, y en la reforma de las leyes de propiedad. Así en 1865 la Dra. Elizabeth Garret Anderson

fue la primera mujer que ejerció como médico y en 1878 la Universidad de Londres fue la primera institución de enseñanza superior en admitir mujeres en todas sus licenciaturas. Y mientras esto se desarrollaba el movimiento hacia la concreción del sufragio femenino iba paulatinamente alcanzando el necesario nivel de presión para culminar su carrera; en 1893 esto se consagraba en Nueva Zelanda y en 1902 en Australia. Imperceptiblemente, dentro del mundo político británico, tan férreamente atado a concepciones tradicionales, el reinado de Victoria se hacía sentir en la forma de estos cambios.

El estallido de la Primera Guerra Mundial cortó abruptamente este proceso, pero solo en un mero sentido de corte político, pues prontamente la figura de la mujer en la retaguardia adquirió una dimensión insospechada, ya que la guerra total posibilitó que su actuación fuera un recurso imprescindible dentro de la estrategia general de los estados. Ya no solo la mujer debía hallarse en solitario al frente del hogar, en ausencia de los hombres que se encontraban en los frentes, debía hacerse cargo de todo tipo de tareas en apoyo de la vida cotidiana en ciudades y campos, ir como enfermera a las trincheras vistiendo el uniforme blanco que en el conflicto de Crimea había consagrado la inolvidable Florence Nightingale (*“la dama de la lámpara”*), officar de chofer en todas las vías del país, cuidar de los ganados y asimismo entrar en el submundo de las fábricas de armamentos; en definitiva en el marco de la guerra la posición femenina tomó un giro corporativo que rendiría sus frutos en el inmediato futuro. Se estaba en los umbrales del proceso de cambios en que las divisiones en el campo del trabajo, que tenía la firme imagen de los hombres como exclusivos proveedores económicos y la figura

de la mujer como dada a la reproducción biológica y a los cuidados del hogar, se tambaleaba ante las nuevas orientaciones sociales que ya buscaban el concepto de corresponsabilidad masculino- femenino.

Y de aquel mundo de la Gran Guerra y sus posteriores acontecimientos que sacudieron las ortodoxas estructuras de buena parte de Europa, entresacamos algunas figuras femeninas que en su momento adquirieron su fama en acuerdo con los sucesos que les tocó vivir: Mata Hari, espía bajo varias banderas; Rosa Luxemburgo, revolucionaria hasta la muerte, Simone de Beauvoir escritora feminista; Agatha Christie, enfermera; y Josephine Baker, miembro de la Resistencia y una de las 47 mujeres condecoradas con la Legión de Honor, y muchos nombres más dentro de las centenares de miles de mujeres, sacrificadas en el altar de las guerras, pues no se debe olvidar que desde los albores de la historia ellas han sido las primeras víctimas de la violencia propiciatoria de corte sexual. Lo observamos no hace mucho, en este mismo milenio, en ese rincón de la Europa primer mundista de los Balcanes.

Cerrando el caso, sin duda el cenit de la coparticipación femenina en los conflictos armados se da en la Segunda Guerra Mundial. Más de 2.200.000 mujeres estadounidenses se incorporaron en las fábricas de armamentos y en los servicios logísticos y sanitarios, siendo en proporción estas cifras correlativas en Alemania, Gran Bretaña, Japón y la URSS. Y contabilizamos aún más en este sentido, pues los frentes europeo y asiático, vieron a la mujer sufriendo las más horrosas heridas de guerra, a la par, o superando al hombre. Por ende, finalizando este capítulo, rendimos honor a las miles de madres, esposas e hijas que cayeron en las lides de las guerras afrontando lo peor de la especie humana.

La mujer en las guerras de la Banda Oriental.

“Numerosas fueron la mujeres que silenciosamente y con abnegación y sacrificio, fueron sostén espiritual de los hombres que forjaron la nación.”

Prof. Aníbal Barrios Pintos

Hasta estos últimos tiempos resultaba muy escasa la bibliografía en lo que respecta a la participación femenina en las luchas de la independencia iberoamericana y nacional y asimismo los conflictos civiles que asolaron nuestro país hasta ya bien entrado el pasado siglo. Pero no levantemos mucho la voz pues lo mismo se daba fuera de fronteras. Pero, hoy con el aluvión posmodernista que prima por sus respetos con poderosa mediática, surgen fuertemente una serie de crónicas e investigaciones que van llevando las aguas a su cauce, mostrando personalidades femeninas que, en uno u otro sentido particular, han hecho historia.

La dominación hispánica tiene en aquella mujer española raptada por Tabaré, según la pluma maestra de Zorrilla, la representación novelada, más acabada de una época auroral. Con la Conquista fueron pocas las mujeres europeas que arribaron a estas tierras y ello provocó, al menos en situaciones puntuales, la inevitable mezcla racial entre hispanos y naturales, hechos que se han encargado de analizar las mayores personalidades de la investigación histórica de este país, por los que a ellos el atento lector deberá remitirse. Y sobre estos espacios existen muy señalados estudios donde se recurre a la antropología, la arqueología, la sociología; en fin, a las ciencias auxiliares de la historia.

Ciertamente, se tiene el convencimiento de que la posición de la mujer en la vida

“colonial” era a todas luces, una simple proyección social de acuerdo a las costumbres y las leyes que regían la península. No en balde por más de trescientos años imperó en el reino de España la ley sálica, por lo que desde Juana *“la loca”*, hasta la coronación de Isabel II en 1843- con los brevísimos interregnos regentes de María Ana y María Cristina-, no hubo mujer alguna aposentada en el trono imperial hispano.

“La familia colonial, célula primera de la organización social, constituyose así bajo la égida tutelar de la Iglesia. Aquella la componen el padre, la madre, los hijos, los parientes afines, los allegados, hijos naturales y adoptivos y los esclavos. La autoridad del padre jefe de familia, es absoluta, doblemente afirmada, no solo por la legislación vigente y las prácticas seculares de España, sino por las condiciones de vida en que todo se desarrollaba. Es el centro no solo de vasta familia, por los elementos que generalmente la forman, sino por el número de agregados al núcleo primitivo. Los esclavos y libertos, los indios, los pardos y cuarterones empleados en los servicios domésticos o rurales, a menudo llevan su mismo apellido y no reconocen otra autoridad efectiva que la del amo. Asimismo, la convivencia con esa clase social, la frecuencia de trato y la simplicidad de costumbres, frecuentemente determina la formación de uniones y el nacimiento de hijos que, ostentando también el nombre de su progenitor, se unen al tronco común. Las disoluciones de matrimonios, aún de hecho, no debieron ser frecuentes, ya que las Leyes de Indias imperantes consagraban severas disposiciones a fin de evitar las ausencias prolongadas de casados, fuesen españoles, negros o indios. Tales antecedentes perfilan claramente el concepto de la familia en la sociedad colonial. La mujer, la esposa legítima, tiene, sin embargo,

un rol de importancia en el hogar. Ella dirige la educación primera de los hijos o las tareas domésticas, y el concepto de la "señora" o dueña de la casa de categoría social va íntimamente unido a ideas de respeto y consideración. Preside desde el estrado las fiestas o reuniones de las personas de amistad y los hombres – dice Pernetty- no pueden sentarse a su lado si no media invitación especial."

Así define Blanco Acevedo las posiciones sociales de hombre y mujer en aquel largo espacio de nuestra historia, sin duda, génesis de una nacionalidad pues de esto van a emerger, cuando los rigores de hechos bélicos así lo dispongan, las personalidades masculinas que van a conducir estos pueblos hacia sus destinos.

Sin duda, era aquella una existencia urbana, pues las ciudades absorbían la enorme mayoría de la presencia femenina, ya que en la campaña sus números eran mínimos. Dado lo anteriormente señalado por Blanco, se puede afirmar que la vida de la mujer rioplatense resultaba más laxa y liberal que la de sus congéneres de Europa a causa de esa serie de factores sociales que hacían al mundo americano.

Al estallido de las luchas por la independencia las referencias históricas hacia la mujer son doblemente escasas. Se sabe poco de la vida de una notable mayoría de ellas y solo es posible obtener las de aquellas vinculadas familiarmente con los grandes prohombres de aquellos momentos, siendo de destacar las esposas de los próceres que poseen sus recuerdos pasados al papel y asimismo, cosa poco común, sus nombres en la nomenclatura urbana nacional. Aunque es notorio que en los últimos años, al impulso del feminismo rampante, se han publicado una saga de historias y novelas basadas en las vidas de dichos personajes que están cubriendo

esos espacios de una historia que aún está por escribirse.

En esas páginas se visualiza la vida pasional de los caudillos donde sobresalen las figuras morales de sus mujeres, esposas unas, amantes otras, pero bajo el patrón común que muestra la devoción, la entrega y el sacrificio diario que supuso hallarse a la vera de tamaños hombres; cuando no acompañándolos en los más duros trances de sus vidas.

Doña Josefa Villagrán, esposa de Artigas, es, según la investigación del Prof. Barrios Pintos, una figura de la que poco se sabe ya que casi no existe marco documental como referencia escrita sobre su vida. Prima- hermana del entonces teniente del Cuerpo de Blandengues José Artigas, casó con este el 23 de diciembre de 1805, casi en vísperas de la invasión inglesa. Tuvo tres hijos: José María, nacido en 1806 (no existen sus partidas de bautismo), Francisca Eulalia en diciembre de 1807 y Petrona Josefa en noviembre de 1809. Pero las dos niñas fallecieron al poco tiempo, impacto emocional del que nunca pudo recuperarse la esposa de Artigas. Por ende esto fue un peso para su estabilidad síquica que se vio afectada hasta su muerte, sucedida en el Montevideo "*cisplatino*", el 11 de febrero de 1824.

En todos estos casos, la bibliografía basada en la vida íntima de Artigas señala las dificultades económicas que tuvo su familia desde su mismo inicio y es muy sugestivo observar lo que significaba la vida militar en aquellas horas, ya que los destinos que tuvo el luego Jefe de los Orientales lo condujeron a hallarse virtualmente lejos de su progenie. Tanto sus cargos dentro del Cuerpo de Blandengues, bajo bandera española luchando contra el inglés, como asistente directo de Azara o como primera figura en la lucha contra abigeos y contra-

bandistas y asimismo cuando con posterioridad encabezó los movimientos de la revolución oriental, muestran a su figura enteramente volcada a las lides del momento, situaciones cardinales que él mismo refleja en sus cartas a sus amigos más cercanos, a su suegra y a sus subordinados.

Y existen ejemplos en esos sentidos que afirman la clase de existencia que llevó adelante, lejana de las cosas de su mujer e hijo. De esa forma en 1815 el Cabildo procede a ayudar monetariamente a doña Josefa, ya en Montevideo, con una subvención que el mismo Artigas agradece en una misiva que ha sido publicada, entre otros, por el Archivo Artigas. Esos emolumentos servirían para la educación de su hijo y demás, como consta en estas cartas que traslucen situaciones no fáciles pues son propias de los tiempos turbulentos vividos por el prócer.

Pero este silencio, que cubre en buena medida la existencia de la esposa de Artigas, deja lugar a la aparición en escena de una serie de mujeres con las que el héroe tuvo estrechas relaciones. Y esto ha sido investigado en buena medida y se basa en escritos y en tradiciones orales que los grandes biógrafos siempre tuvieron en carpeta, ya que la genealogía así los obligaba dada la profusa cantidad de su descendencia natural. Lo que sí es de hacer notar es que quién incursione en las cosas de aquellos tiempos debe tener en cuenta que las costumbres de aquellos hombres de armas, en lo que respecta a sus amoríos, nunca significó el abandono de sus obligaciones con los hijos producto de dichas uniones. Este capítulo los historiadores lo han trabajado en forma y se tiene un muy buen marco escrito.

Aquellas guerras de movimiento, donde los ejércitos debían recorrer grandes trozos de la campaña a lomo de caballo, jornada tras jornada, mostraban en muchas

oportunidades- como, por ejemplo, el mismo Éxodo- la presencia femenina en aras de oficiar de troperas, cocineras, aguateras, enfermeras o meras acompañantes de esposos, hijos o concubinos, llevando a sus esclavos consigo.

Yendo a dar algunos nombres que nos trae la vida particular de Artigas, primeramente se nos aparece el nombre de Isabel Sánchez, aunque para alguna pluma su apellido fuera Velázquez o Velazco; oriunda de Santo Domingo de Soriano. Se señala que Artigas tuvo con ella cuatro vástagos, todos nacidos antes de 1810 y por lo tanto en tiempos de relativa paz. Varias publicaciones toman nota de esta descendencia.

Luego, según señala la investigación, hacia 1812, durante los días del Sitio de Montevideo, Artigas mantuvo una relación con María Matilde Borda, oriunda de Las Piedras, unión de la que nació un hijo, bautizado Roberto. Su nombre figura en un padrón de extramuros de Montevideo, con el apellido paterno. Dicho censo fue levantado en 1832.

Tras ello y siguiendo una cronología surge Melchora Cuenca, paraguaya, compañera del prócer desde 1815 a 1820, afirmándose que de estas relaciones nacieron dos hijos, aunque no hay certificación de la existencia de más descendencia. Existe una historia muy interesante de los momentos pasados por Artigas y esta familia al tener que repasar el río Uruguay tras la derrota de Tacuarembó ante los portugueses, situaciones de extrema urgencia vividas por la traición del entrerriano Ramírez, que tomó prisionera a la paraguaya y un hijo. Melchora falleció en 1870 en Concordia.

Según testimonios orales, que publica Barrios Pintos, el Jefe de los Orientales, ya en el Paraguay, concretamente en la villa de San Isidro Labrador de Curuguaty, ha-

bría tenido relaciones con Clara Gómez Alonso, que lo habría acompañado hasta su deceso. De esa unión habría nacido un hijo en el año de 1827, quién habría alcanzado un alto grado militar bajo las órdenes del mariscal Francisco Solano López.

En definitiva, estos espacios, que cada vez poseen mayores investigaciones, se hallan inmersos en una variopinta crónica cuya interpretación debe quedar a criterio del lector, como cosas propias a tiempos como los que sucintamente debemos relatar.

Dejando atrás a Artigas, se debe afirmar que hubo muchas mujeres entreveradas en las luchas de esta Banda. La mayoría olvidadas aunque poseen su historia, las tenemos desde las primeras presencias femeninas hasta ya bien entrado el pasado siglo con la revolución de 1904. Los sitios de Montevideo, las batallas de Sarandí e Ituzaingó, el asedio de Paysandú, entre otros eventos no menos importantes, dejan señales de cómo la mujer se halló en la lucha, cara a cara con el enemigo. Asimismo se conocen hechos relacionados con las esposas de los patriotas de aquellas horas que se vieron en peligro de vida durante las sucesivas invasiones sufridas por el país, siendo estos ejemplos una muestra más de los riesgos a que el elemento femenino se exponía.

El general Tomás de Iriarte, en su interesante parte de la campaña que culminó en la victoria del ejército republicano en Ituzaingó, señalaba lo siguiente en referencia a las “*chinas*” que seguían a las tropas rioplatenses: “*No podemos omitir de hacer mención de las mujeres que acompañaban nuestro ejército, de las “amigas” de los soldados; tan considerable era su número, que pasaban de 500, verdaderos marimachos, soportaban con increíble fortaleza las fatigas de la campaña; casi todas vestían el poncho y gorra de cuartel o*

sombrero redondo, y como el mayor número ceñía sable y cabalgaba como los hombres, como sus rostros eran atesados, sus facciones toscas e irregulares, parecían verdaderos hombres y muchas veces me equivoqué creyéndolas tales, y no me causaba poca sorpresa el que me asegurasen que pertenecían a otro sexo, porque no tenían de él la mínima apariencia”.

Al proseguir desarrollando este tema no podemos dejar atrás a cuatro figuras femeninas que supieron acompañar con particular brillo a notorios personajes de nuestra historia.

Doña Ana Monterroso tenía 26 años cuando contrajo enlace con Juan Antonio Lavalleja, por “*poder*”, representando al novio don Fructuoso Rivera. Según sus biógrafos era una mujer de fortísimo carácter y notable inteligencia, fervorosamente unida al destino de su esposo, al que siguió toda su vida, incluso cuando este estuvo preso de los imperiales en la Isla das Cobras. Tuvo nueve hijos, algunos fallecidos a poca edad, y es de notar que su comportamiento la condujo a diversos avatares, tanto en horas de paz, que dada la vida del Libertador, fueron muy pocas, como de guerra, acompañando a su marido en incontables oportunidades. “*¡Date corte, Juan Antonio!*” Esta frase tan célebre, que algunos ponen en duda, representa su altanera figura que no trepidó ante nada con tal de seguir a su hombre hasta el final. Falleció en Buenos Aires en 1858.

Doña Bernardina Fragoso y Laredo nació en Montevideo en mayo de 1796. Se supone que casó con don Frutos Rivera alrededor de 1815 con el que tuvo un hijo al año siguiente, el que falleció pocos días después. Desde ese momento comenzó una agitada vida al compás de los acontecimientos que se dieron en la lucha contra el invasor portugués. Bernardina tuvo que pasar

a habitar en zonas donde el luso no dominaba; Canelones, San José y Paysandú y alguna estancia perdida en los campos ven a su carruaje acompañando a veces a las huestes orientales. De tal manera, ya bajo la provincia cisplatina, se establece en Durazno, donde permanecería por varios años. Su casa sería partícipe de miles de hechos vinculados a la carrera del caudillo.

En 1834 Rivera adquiere una gran finca en las hoy calles de Rincón y Misiones donde su esposa pasa los mejores años de su vida. Durante los días de la Defensa, Bernardina asume tareas de beneficencia pública buscando recursos y auxilios para los heridos y enfermos del ejército con una dedicación que queda señalada en sus biografías.

Cuando Rivera es desterrado al Brasil por el gobierno montevideano su esposa afronta jornadas muy difíciles mientras su marido permanece en ese trance. Cuando las autoridades brasileras lo confinan, en 1851 en la fortaleza de Santa Cruz, Bernardina viaja a Entre Ríos a solicitar la ayuda del general Urquiza en vista de lograr la liberación de don Frutos. Finalmente en 1852 Rivera es puesto en libertad y al año siguiente se establece el Triunvirato junto a su compadre Lavalleja y el general Venancio Flores. Pero esta institución nunca llega a consumarse pues el héroe de Sarandí fallece el 22 de octubre de ese año de 1853 en el Fuerte de Montevideo, y a su vez, Rivera, que había emprendido un largo retorno por tierra desde el Brasil, muere el 13 de enero del siguiente año en las márgenes del arroyo Conventos. Doña Bernardina falleció el 31 de diciembre de 1863 en su quinta de Arroyo Seco.

En una sumatoria de vida fueron pocos los momentos en que ambos esposos estuvieron juntos y para fortuna de la historia la profusa correspondencia de Rivera y

Bernardina fue publicada. "*Mucho deseo verte y abrazarte, pero tú ves las circunstancias; algún día permitirá el cielo que en épocas menos aciagas que la presente estemos tranquilos y reunidos; ninguna otra recompensa quiero a mis sacrificios: la salvación del país y el estar a tu lado, aunque sea sumido en la oscuridad*".

Este trozo literal se halla publicado en la obra biográfica de Telmo Manacorda en cuyas páginas la pluma del autor nos pinta entera la figura de este: "*el más gaucho de nuestros gauchos*", cuya existencia montaraz lo llevó a tener innumerables amoríos que rindieron muchos frutos. Por cierto que todo ello llegaba a oídos de "*mi amada Bernardina*"; pero esta mujer ejemplar hasta llegó a adoptar como suyos a alguno de los hijos habidos por su marido. En realidad estas cosas de la vida privada de los caudillos ofrecen una visión mucho más humana de la que el bronce deja perdurar.

Y dada sus existencias, la mirada ética no debe ser oscurecida por consideraciones libradas al azar ni dejadas al comentario banal de estos tiempos. "*Yo, soy hombre, tengo como otro cualquiera mis afeciones y mis defectos, pero nunca me acusará el observador de mi conducta, que he dejado de llenar mis deberes para con la sociedad y especialmente para contigo (...)* y muchas cosas me habrán hecho cometer algunas imprudencias."

En definitiva, cosas de aquellas guerras, de aquellos hombres y de aquellas mujeres, tiempos turbulentos, hechos que resultaron decisivos en la consagración de la patria.

El 18 de febrero de 1829, doña Agustina Contucci fue desposada por su tío carnal don Manuel Oribe. Según el Prof. Agustín Beraza ya antes de su matrimonio habíase hallado en diversas lides y era considerada por los españoles "*como una in-*

surgente”, pues había colaborado en hechos de aquellos momentos. En 1825 se halló en la conspiración que intentó la sublevación del Batallón de Pernambucanos, situación que no tuvo andamiento pero que inquietó sobremedida a los imperiales en ese entonces, tras el desembarco de los 33, ya sometidos a la sublevación general de la campaña. Luego, participó en el esfuerzo por abastecer a los sitiadores del Montevideo cisplatino viviendo momentos de peligro. Según las pocas investigaciones que se han hecho sobre estas figuras femeninas reconocemos que su madre, doña Josefa Oribe de Contucci, fue una fervorosa defensora de las causas americanas, cosa que legó a su hija quién, también, como señalamos, supo asumir arriesgadas empresas en apoyo de sus hombres.

Siguiendo esta línea vale lanzar una mirada al resto continental donde también surgen nombres femeninos que han hecho historia en aras de las luchas de la independencia.

Policarpa Salavarieta (“*la Pola*”), fue una activista notoria en los procesos independentistas de Colombia. Fue un gran apoyo para la figura de Antonio Nariño. Acusada de espionaje fue fusilada por orden del mariscal Morillo en 1817, junto a varios patriotas.

Juana Azurduy de Padilla participó desde el inicio en la lucha con los peninsulares en los campos y sierras del Alto Perú, desde 1813 en adelante. Combatió como audaz guerrillera junto a su marido y estuvo en las batallas de Vilcapugio y Ayohuma. En 1824 Bolívar le concedió el grado de coronel. Falleció en 1862 a sus 86 años en la absoluta miseria.

Ana María de Jesús Ribeiro, conoció en el año de 1836 a Giuseppe Garibaldi en la ciudad riograndense de Laguna, en el marco de los levantamientos republicanos

encabezados por Bento Gonçalves. Como su amante compartió triunfos y derrotas junto al denominado “*héroe de dos mundos*”. Luego de la derrota de la revolución de los “*farrapos*” en 1841 emigró al Uruguay acompañando a su marido, casándose en Montevideo. Tuvo cuatro hijos, uno de ellos nacido en esta ciudad. Durante la Defensa era común verla con la camisa roja de los voluntarios garibaldinos. Anita Garibaldi, ya en Italia estuvo inmersa en las luchas unitarias, muriendo en Novara en 1849.

Como se observa la participación de la mujer en la totalidad de los procesos de la independencia y en los subsiguientes conflictos civiles habidos en estos territorios; en la oscuridad o en primera fila, en la soledad de los campos o encerrada en los muros de las ciudades, se hizo indispensable, tanto como para alcanzar la victoria, o para acompañar a sus hombres codo a codo, como para atenuar los sufrimientos inherentes a la guerra.

Conclusión

“Incerti quo fata ferant”.

Virgilio

Llegado al final es imposible no dejar señalada nuestra exclusiva opinión particular sobre esta titulación capitular: “mujeres en guerra”, como una suerte de honesto elemento que merece el lector, ante el cual nos remitimos y nos sujetamos a su interpretación.

Pero si en este no fácil terreno, opinar significa un concepto acerca de una cosa cuestionable, en este menester le estaría vedado al historiador cualquier ejercicio prospectivo, ya que la premonición del futuro nunca podrá ser una ciencia exacta ni una tarea para un simple cronista. La fali-

bilidad es una de las características más marcadas de nuestras vidas sobre la tierra y si a ello se le suma la falta de experiencias prácticas que ya hayan sido registradas y pasadas al papel, dentro de los tiempos “*de cambio*” que vertiginosamente se están viviendo en estos mismos momentos, jamás el mero historiador podría lanzar una afirmación ni aventurar algo del porvenir. Simplemente su tarea sería informarle al ser humano que, a tenor del pasado, al decir de Pío Baroja, “no tropiece siempre con la misma piedra”. Y nuestra relación con el pasado se da solo a través de la memoria.

En su análisis de la profesión militar, publicado en el número 67 de esta misma revista, el Brigadier (R) Jaime García Covarrubias, señalaba que “*la guerra es la autonegación del respeto por el ser humano*”. Esta máxima, absolutamente comprobable en el devenir de los tiempos, siempre supuso que la violencia organizada fuera cosa de hombres y de allí que la mayoría de los cronistas no ubiquen a la mujer en un espacio concreto de participación en estas lides, cosa que, como vimos en las páginas anteriores, no fue tan así.

¿Por qué señalamos esto? Porque debemos aventurar nuestro punto de vista en relación a la inclusión de la mujer en los cuerpos de combate de las FFAA- en eso que significa quitar la vida-, teniendo en cuenta que la naturaleza de las cosas, al decir de Barcia, responderían a un “*orden natural*” que dice que la hembra tiene la misión sacramental de dar y crear vida, el rol supremo: ser Madre.

Pero: ¿puede esto discutirse? ¿Y desde qué campo: filosófico, social, cultural?

En ello nos quedamos y no es correcto rubricar nada más. Según Covarrubias la mujer ha entrado al “*arte de hacer la guerra*” más por una necesidad de sentido social que por una militar. Y esto último es reconocido por las experiencias globales que muestra el presente donde la mujer está dando bastantes ejemplos positivos en el desarrollo de la profesión militar, superando, en muchos casos con creces, la misma posición del hombre.

Pero, como decía Virgilio en “La Eneida”, aquella obra maestra de las letras latinas: “*estoy incierto; no sé dónde me llevara el destino*”, ojalá nunca arribe la prueba suprema que ponga todo en la balanza fatal de la guerra.

